La mesa del domingo

*www.seculorum.es. Tertia Opera. Año XIV N° 24
La Santísima Trinidad. Ciclo -B- 31 de mayo de 2015*

LA SANTÍSIMA TRINIDAD O EL SER DE DIOS

Siempre, el domingo siguiente a Pentecostés la Iglesia celebra la Santísima Trinidad. Es el gran misterio del ser de Dios. El Dios único se nos ha manifestado en tres personas distintas sin que cada una de ellas sea un ser independiente sino el mismo Dios único e indivisible. Y para hablar del ser de Dios tenemos que remitirnos, necesariamente, al acontecimiento de la Revelación; es decir, aquello por lo cual Dios se nos ha dado a conocer en la historia. Está claro que si conocemos mínimamente a Dios es porque él se nos ha querido revelar; y lo ha hecho no en un solo acontecimiento, sino progresivamente en el tiempo y en el espacio.

La primera impronta del ser de Dios la encontramos en la creación. Lejos de los planteamientos panteístas, sin embargo, las cosas creadas sí nos hablan de su autor; ellas tienen la impronta de Dios: la belleza, la serenidad, el equilibrio, el color... Las leyes naturales han sido puestas por Dios para que la naturaleza esté en un devenir constante. Al mismo tiempo, el hombre es la criatura que culmina la acción creadora de Dios y lo constituye en imagen y semejanza suya, de manera que, viendo las cosas creadas y contemplando a la humanidad entera, estamos conociendo una pequeña parte de Dios. Naturalmente, esto es una manera de hablar, puesto que lo que queremos afirmar es que la revelación de Dios comienza en ese acto creador. El ser humano no puede nunca abarcar la totalidad del conocimiento de Dios, pues solo es imagen del creador, pero no igual al creador, sino inferior a él en tanto que es imperfecto y Dios no lo es.

Así, la historia y el mundo se convierten en el escenario de la revelación de Dios. Avanzados ya los comienzos del devenir de la vida, Dios comienza a darse a conocer a un pueblo y lo adopta como Padre suyo y establece una alianza con él. Es el Dios invisible, el majestuoso, el inaccesible; aquel que tiene la autoridad, que reprende y corrige, que es exigente y castiga. Es el Dios que legisla y que vigila el cumplimiento de sus acuerdos con su pueblo. Es un Dios espiritual; personal pero invisible; no se le puede ver ni tocar, pero su presencia se deja sentir; habla al corazón, a la conciencia; se manifiesta en los símbolos, en los signos; solo se le percibe desde una perspectiva que trasciende el mundo de lo físico y de los sentidos. No todos los seres humanos reconocen y, por tanto, pueden desarrollar esa capacidad aunque está potencialmente en todos.

En un momento dado, Dios irrumpe en la historia de un modo desconocido e irrepetible: mediante su encarnación. Lo hace naciendo a este mundo como nacen sus criaturas más amadas. Ese Dios inaccesible y lejano se hace hombre en la Virgen María. El objetivo de tal acción es buscar que el hombre, pecador e infiel a la primera alianza, sea rescatado y se

reconcilie con él. Lo ama demasiado como para aceptar que lo ha perdido para siempre. Puesto que no toma la iniciativa de cambiar y volver a mirar con amor a su Padre y creador, Dios mismo da un paso hacia delante saliendo a su encuentro para recuperarlo. Jesús de Nazaret será declarado en su bautismo y en el Tabor como “su Hijo amado, el predilecto”. Es la segunda persona de la Trinidad, el Verbo, la Palabra eterna de Dios. En él, Dios comienza a ser también humanidad; y esa humanidad es fiel y obediente al Padre hasta la muerte, lo cual la reconcilia definitivamente con Dios. La resurrección devuelve a Jesús a la gloria del Padre; el Hijo, hecho humanidad, entra en la gloria del Padre y permanece con él para siempre. Jesús ha ido formando una pequeña comunidad de discípulos y derrama sobre ellos el don de la Pascua, el Espíritu Santo. Ya estaba presente en el pueblo de Dios desde el comienzo; de hecho, se manifestaba en los profetas y en quienes hablaban y escribían en su nombre. Sin embargo, Jesús resucitado lo va a insuflar en sus discípulos en un nuevo acto creador. Ellos van a ser la primera célula de una humanidad santificada por el Espíritu Santo, la nueva presencia de Jesús, a la que se irá incorporando por el bautismo. El texto del evangelio de hoy nos muestra cómo ya en el siglo primero la fórmula bautismal era trinitaria: “en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”. La más primitiva, era solo en el nombre de Jesús, pero muy pronto se tornó en una fórmula que citaba la Trinidad, tal y como la conocemos y la practicamos hoy.

Dios ha salido a nuestro encuentro, ha querido darse a conocer a nosotros, ha tomado la iniciativa para obrar nuestra reconciliación, nuestra redención por medio de su Hijo Jesús. Dios no ha castigado a la humanidad sino que la ha perdonado en Cristo, la ha rescatado en amor y en amistad con él aun a precio de sangre. ¿Existe en el hombre de hoy, en nosotros, el deseo recíproco de conocer a Dios? ¿Nos interesamos por él, le amamos, deseamos saber de él? Cuanto más le conocemos, más le amamos; y cuanto más le amamos, más deseamos conocerlo. ¿Somos conscientes de tanto amor como Dios nos demuestra y deseamos nosotros corresponder a su amor? Por suerte, nuestra correspondencia no es una condición para que Dios nos ame. Dios desea nuestro amor pero no lo exige como condición para amarnos él. Dios nos sigue amando aun cuando nosotros podamos renegar de él.

Por otra parte, el ser de Dios se nos revela como una comunidad de amor entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. ¿Nuestras relaciones con los demás muestran el amor que Dios nos tiene? ¿Nos relacionamos en comunidad según el ser de Dios? Somos su imagen; quien nos vea debe descubrir a Dios en nuestras acciones. Los cristianos hemos conocido la plenitud de la revelación de Dios, puesto que le reconocemos en su Trinidad. Pidámosle que aumente en nosotros el deseo de Dios, de conocerle, de amarle y de llegar a vivir felices con él para siempre.

P. JUAN SEGURA